



L.E.L.

LA DOÑA JUANA ROSS DE EDWARDS.

EL NUEVO FERROCARRIL.

SANTIAGO, 23 DE OCTUBRE DE 1881.

LA SEÑORA DOÑA JUANA ROSS DE EDWARDS.

Presentamos hoy a los lectores de El Nuevo Ferrocarril la fiel imagen de una de las mas dignas i cumplidas matronas de la sociedad chilena.

Como la señora Magdalena Vicuña de Subercasseaux, cuyo retrato honró ya estas páginas, la señora Juana Ross de Edwards es uno de los tipos mas perfectos de la incomparable mujer chilena.

Dotada de una notable belleza física, la vida no ha sido empero para ella un sendero de alegrías ni siquiera de delicadas flores, sino la angusta i dulce tarea del hogar, como hija, como esposa i como madre.

Cultivado su espíritu por una educación esmerada, no ha hecho jamás gala de sus dotes intelectuales sino para hacerlos servir a la educación de sus hijos i al ejemplo de su familia.

Poseedora de la mas injente fortuna de la América española i talvez de las dos Américas i del mundo, la señora Ross de Edwards, no se ha acordado de ella sino para dividirla con los pobres, con los que sufren i sienten hambre, con los que lloran i no encuentran quiénes enjuguen sus lágrimas.

Nada hai mas frecuente para los que en la andariega ciudad de Valparaíso, recorren sus dos únicas grandes vías en sus democráticos carritos, que encontrar en el mas humilde asiento de su interior una señora de porte majestuoso, de fisonomía seria pero, dulce, inteligente i benévola, encubierta lijeramente por un velo i vestida siempre de rigoroso luto. Esa gran dama, así tan modestamente ataviada, es la señora Juana Ross de Edwards, que hace la visita casi cotidiana de los hogares del dolor,—de la cabaña del necesitado, del lecho del enfermo, del altar, por ella erijido, en que se entonan las preces de la esperanza i del consuelo.

Seria, a la verdad, difícil pesquisar en Valparaíso una sola institucion pública de caridad, de beneficencia, de educación cristiana, de industria femenina, consagrada al rescate de la mujer, de templos consagrados a Dios, al cual no estuviesen ligadas la jenerosidad i la fortuna de esta benefactora pública. Pero seria tambien mas difícil que eso encontrar en esas instituciones la huella de su nombre, porque lo que ha distinguido siempre a esta admirable señora ha sido su inquebrantable modestia.

Conforme al precepto del evanjelio, la señora Ross de Edwards hace el bien «sin que una de sus manos vea lo que ejecuta la otra.»

I de aquí el universal respeto que la rodea, no solo en la populosa ciudad que habita, sino en todo el país.

La señora Juana Ross de Edwards es hija de la Serena.

Fué su padre el distinguido caballero inglés don David Ross, por muchos años cónsul de S. M. B. en aquella ciudad i en el puerto de Coquimbo.

Fué su madre la respetable señora doña Carmen Edwards, que el cielo conserva todavía a su filial respeto. Es esta venerable matrona hija del doctor don Jorge Edwards, el primer médico jenuinamente inglés que tuvo la Serena i el país.

Educada la señora Ross de Edwards en los ríjidos principios de la educación femenina de su raza, (que ojalá fueran los que en Chile se sobrepusieran permanentemente a todas las transitorias modas), era por el año de 1849 una de las mas renombradas bellas de su ciudad natal, comarca de blando i tibio clima, en que las flores i las mujeres se desarrollan con singular primor. I en esas circunstancias, su tío el respetable caballero don Agustín Edwards, minero del norte, i que se trasladaba de Copiapó a Valparaíso poseedor de una fortuna considerable debida a su tesón i a su injenio, pidió su mano i radicó en Valparaíso su hogar i su banco.

Desde entonces consagró la señora Ross de Edwards toda la ternura de su alma, todas las prendas de su espíritu a la felicidad del compañero de su vida i a formar el corazón de sus hijos.

I si es cierto el proverbio antiguo, de «que el árbol se conoce por sus frutos», todos los chilenos nos o ménos están al

cabo a estas horas de lo que la república debe al corazón de los hijos de la señora Ross de Edwards i al suyo propio, especialmente en la presente guerra.

En el curso de ella i en sus dias mas aciagos la gran millonaria de la América del Sur no se ha descuidado un solo dia, el blanco delantal de la hermana de caridad....

¿I esto no es suficiente para hacerla acreedora al respeto i a la gratitud de todos los chilenos?

A LAS ARMAS OTRA VEZ!

(PROBABILIDADES).

«Lo único que hacía verdaderamente falta a las «montoneras» para convertirse en ejército despues de haberles regalado armas, municiones i soldados era caudillos i por eso les estamos mandando centenares de oficiales mas o menos aguerridos, puesto que fueron cogidos con las armas en la mano i en el campo de batalla.»

«¿No es esto profundamente maravilloso e inverosímil?»

«Sin embargo, a los que así piensan i a esa fatal carril de ocio i de confianza han ajustado en los últimos ocho meses la política de Chile, les haríamos esta sola pregunta: ¿Cuándo los ejércitos del Perú i de Bolivia, i en jeneral los de toda la revuelta América española han sido otra cosa que montoneros, desde las turbas de Morelos i de Hidalgo en Méjico a las huestes mismas de Ayacucho, vestidas de harapos i calzadas de ojotas en uno i otro campo, las de Sucre como las de Laserna?»—(Las montoneras—Artículo publicado en el Mercurio el 2 de octubre de 1881.)

«¿Guías, a sus puestos!»—(Voz de mando en el ejército de Chile.)

I.

Con la paciencia de los santos i la mansedumbre de los corderos, los que nos habíamos acostumbrado a tomar parte activa en las deliberaciones de la prensa con relacion a los movimientos de la guerra, hemos guardado sobre ella el mas absoluto silencio en los últimos seis meses por temor de que la vulgaridad (criterio dominante de nuestra tierra) atribuyese nuestros conceptos a otro móvil que el de un honrado i sincero patriotismo.

En nuestro país basta con que cualquiera grite i apostrofe a propósito de la cosa mas santa, de la opinion mas sensata, del acto mas desinteresado, sano i patriótico—«Eso es político!» para que aquello mismo que habría sido considerado como justo, como racional, como salvador talvez, se repudie i aun se condene.

Por otra parte, para decir la verdad tenemos diverso puesto, i allí la hemos dicho casi diariamente tal cual se ha cumplido, i esto a nuestro deber bastaba. Que otros gritasen—«Eso es político», no nos importaba desde que nuestra conciencia nos decía—«Eso es patriotismo!»

II.

Mas hoy en vista de los graves rumores que circulan, fuerza es entrar en el antiguo carril de las apreciaciones, de las conjeturas, i si se quiere, de los pronósticos, único papel i camino que cabe a los que, de léjos, sin datos, sin confidencias i casi sin noticias, meditan i juzgan desde cierta lejanía, i por lo mismo, desde cierta altura, los acontecimientos.

No saldremos en consecuencia de ese terreno, si bien los que hemos desaprobado esplicitamente i desde la primera hora todos los actos de la política exterior de la administración fenecida en setiembre, desde el infante i verdaderamente insensato gobierno García Calderon, esta tercera línea de Miraflores tras la cual han estado parapetándose a mansalva i cómodamente los aliados para librarnos su última batalla, hasta el inverosímil envío de soldados i de oficiales, despachados por partidas i casi por batallones desde San Lorenzo i San Bernardo, al ejército enemigo, aunque los que hayamos condenado todo eso i mucho mas en su hora i en su peligro, decíamos, tenemos derecho para usar sino el lenguaje de la indignación, siquiera el de la protesta, no lo haremos, i, como antes, nos encerraremos dentro de los límites de una tranquila discusión, a fin de llegar a conclusiones mas o menos probables i fundadas.

Echamos por hoy un velo, velo fúnebre, al pasado a contar desde la gloriosa ocupación de Lima, i vamos a racionar friamente sobre los sucesos i sus probabilidades.

III.

Que el Perú, militarmente hablando, es un país doble, compuesto de sierras i de costas, con climas, producciones, razas, costumbres, todo diverso i todo aparte, pudiendo vivir la sierra i sus poblaciones años tras años de si mismas, sin cuidarse de la clausura de su litoral, es cuestion que todos conocen, especialmente los que saben que el ejército español vivió en esos valles i asperezas desde 1820 a 1824, incomodando i derrotando a los patriotas de la costa. Cuantas veces se les vino en mientes a Laserna i a Cantérrac, a Valdes i a Olayoeta.

Por manera que los que han creído que la ocupación de Lima i el bloqueo de las costas eran medidas de agonía para los peruanos encaramados en su sierra, sufrían grave i voluntario error, porque esta demostración ha sido no menos de una ocasión hecha.

IV.

En consecuencia, el ejército peruano, o llámesele «montonera», por dar razón al

optimismo que todavía impera, estaba destinado a incrementarse i a crecer por si solo, sin contar con los refuerzos sucesivos que nuestros errores (por no darles otro nombre) les despatchaban.

I por una razón tan natural como esa, razón de clima, de topografía, de hábitos, de propensiones, de jéneros, de antecedentes conocidos i comprobados de todo jénero, nuestro propio ejército arrojado a la molición de ciudades mal sanas, física i moralmente, debía ir en diario deterioro.

Era esto evidente, porque era natural; i para convencerse de ello no había mas que leer las listas de pasajeros de nuestros trasportes, que en ocho meses han devuelto al país mas «bajas» que las de sus últimas batallas, sin contar con el desarme total de una parte florida de nuestro ejército en hora completamente inadecuada. I sobre este particular séanos testigo el país de que entonces nosotros, nosotros solos, gritamos en este diario i en otros:—«¡RECESO SÍ, DISOLUCION TODAVIA NO!»

¿Pues eso dijimos? El decreto de la disolución bajó de lo alto a hacer eco a la palabra del humilde. I en seguida se disolvió de hecho el ejército, pero no se le pagó... para contentarlo.

V.

I desde entonces ¿cuál medida se ha tomado para reparar el ancho portillo que las enfermedades abrían dia por dia en nuestras ya dieznadas filas?

Ninguna.

Se mandaba crear dos batallones fortugas, i cuando alguien en la penúltima sesión ordinaria de agosto del Senado, llamaba la atención del país a lo que sucedía, el ministro del ramo contestaba impacible que el gobierno se proponía sencillamente disminuir el ejército a un número inferior todavía...

¡Santos cielos! En alas de cual ciego optimismo, de cual incurable petulancia, de cual insonable poltronería hemos marchado de etapa en etapa a una oscura sinueta?

VI.

I en efecto, dése al «ejército—montonera» que hoy obedece a Piérola la fuerza numérica que se quiera, i se verá que llegamos a resultados por demas ominosos. ¡Estudiemos!

El ejército con que en mayo de 1880 se reunió el coronel Leiva de las vecindades de Locumba a Arequipa, constaba de tres mil hombres de buena clase, i nosotros hemos publicado hace cuatro o seis meses documentos de los cuales resultaba que, ese ejército con los escapados de Tacna i la recluta de la inagotable provincia del Cuzco, iba a ser puesto en pie de «cacho mil hombres.» Al ménos eso decía el coronel Leiva al gobierno de Lima en notas oriñales del mes de junio de 1880 que tenemos a la vista i que hemos dado a luz oportunamente.

Pero queremos contajarnos voluntariamente con el profundo optimismo de nuestro suelo, i no atribuir al ejército de Arequipa mas fuerza de combate que la de seis mil plazas.

Queremos reducir a cuatro mil las de la «montonera de Cáceres» i a solo tres mil la recluta de Montero en Cajamarca.

El secretario jeneral de la ex—dictadura, perdurablemente petulante, ha comunicado a la Asamblea de Ayacucho innumerables prodijios de fuerzas, de armamentos, de fabricacion de municiones, de maestranzas, de recursos i de cuerpos de ejército; pero rebajando lo que es prudencial, resultaría de todos modos que nuestro ejército de ocupación fraccionado entre Lima i Trujillo, entre Huacho i Pisco, no está, como número, en el pie que una vulgar prudencia habría exijido.

Esto, i pasando mui por encima sobre tan delicado asunto i sin llegar por nuestra parte a cifras, por lo que respecta a Piérola i a Lynch.

VII.

Echemos ahora una ojeada a la posición militar de Bolivia.

Sábase, porque esto consta de la historia de ayer, que el jeneral Campero se retiró de Tacna en mayo de 1880 con la cuarta parte de su ejército, que era de cinco mil hombres i dos cañones Krupp; sábase que ese gobierno ha recibido constantemente armas por la vía argentina; sábase que la provision, enseñanza i sujeción del soldado es comparativamente fácil en aquel país mucho mas homogéneo i sin litoral como el Perú; sábase por último que sus instructores han estado disciplinando constantemente tropas en Tarja, en Potosí, en Oruro, en todas sus ciudades, en todos sus valles i comarcas. I de esto es natural colegir que, aunque nosotros ignoremos el número exacto de sus tropas movilizables, (porque quién se ha ocupado de averiguar tales pequeneces) sin esfuerzo alguno aquéellos pueden llegar a 7,000, lo que sería un total de 20,000 soldados en pie de guerra para la Alianza.

Ese número puede ser todavía mayor, porque tratándose de «carne de cañon» (como en muchas ocasiones anteriores lo hemos demostrado) la producción del Alto i Bajo Perú es inagotable; i no era zurdo ni falsario el dictador Piérola, cuando, despues de sus derrotas, afirmaba que tras de éstas quedaban todavía a su espalda cinco millones de hombres.

VIII.

No cometeremos nosotros la imprudencia de analizar nuestro ejército de ocupación como número; pero sí tenemos el derecho de increpar a los hombres del gobierno que ayer se estinguí, su absoluta desidia para remontarlo aun, por el sistema mas vulgar i lento, durante los ocho meses largos trascurridos desde las batallas de Lima, que gloriosamente lo diezmaron.

I esto con tanto mas razón cuanto es en lo absoluto cierto, que dada la política hasta aquí seguida, abierta de par en par Arica (sin fortificarla), i cerrado por un irrisorio bloqueo Ilo i Mollendo, allí vecinos, nuestros adversarios han sido dueños de contar uno a uno hasta el último soldado de nuestros debilitados batallones, i no diremos por simples emisarios ni por astutos i audaces espías, sino por carta diaria de comercio i de balija, por sus prisioneros espresamente dejados en soltura para ver, ir i contar; por los colegiales que han ido de Chile en vacaciones; por los arrieros i los leñadores que bajan del Tacora dia a dia; i en nuestras barbas i en nuestro sueño, no solo nos cuentan sino que nos miden...

IX.

Nosotros de seguro no conocemos nuestra propia cifra, pero el enemigo la sabe de memoria dia a dia i por esto, i nada mas que por esto se atreve, si es que se atreve. De suerte que bajo este concepto jeneral i en globo de la situación militar, la necesidad perentoria, absoluta, urjentísima de aumentar el ejército activo por medio de una medida jeneral i nacional, a virtud del llamamiento de la guardia cívica a las armas, o por la conscripción por provincias u otro arbitrio, ha sido i es, como cuestion de fuerza muscular i numérica, opuesta a las sordas, desconocidas acumulaciones del enemigo desde hace seis meses, tan evidente que solo una ceguedad obstinada i un apoltronamiento incomprensible ha podido dejar sin solución. I para esto, entendiéndose bien, no es cuestion de que venga o no venga Campero, de que baje o se suba Cáceres a la Chosica i Montero a Trujillo, es una simple medida técnica de guerra i de paz, cuyo desconocimiento importa el mas asombroso olvido de las leyes que rijen a los países en paz i en guerra. I esto que a va llegar noviembre el mas terrible de todos los del veneno en la costa del Perú que ahora cojerá a nuestros soldados mas cerca de la puerta del hospital que de las trincheras del campo de batalla.

X.

Mas, a semejante diagnóstico de la guerra, las bandadas de los satisfechos i de los optimistas que son los que de ordinario pululan en derredor de los fuertes como los zancudos en torno a la lámpara, pondrán desahogado grito en el cielo i aducirán mil razones para escusar el sueño o la indolencia que censuramos.

I entre esas griterías de la confianza que tan funestas han sido al país durante la guerra, estamos ciertos que figuraran en primera línea las insinuaciones de paz a que se atribuye por algunos la singular misión de los señores Altamirano i Novoa. Pero si Piérola, dado su carácter, sus antecedentes, sus arterias conocidas, ofrece (segun se dice ahora) tratar como lo ofreció en Arica, ¿no es evidente que la prudencia aconseja creer todo lo contrario i pensar i obrar de una manera diametralmente opuesta?

Por esto aplaudiendo (o compadeciéndolo) por la forma exterior de su aceptación) el patriotismo de esos dos distinguidos emisarios de la República, somos de los que creemos que esa misión habría alcanzado mediana eficacia diplomática, si hubiera ido escoltada por diez mil hombres de las tres armas, por lo ménos.

XI.

Pero aun los que desconfían de Piérola (i se han olvidado de Christiancy i Lava lle), hablan ahora de una «insurrección en Arequipa» i citan el caso de una prision del subprefecto de Ilo, presenciada desde nuestros buques.

I quien nos garantiza que todo eso no sea sino una de las mil artimañas usuales en el suelo del Perú, en el cual la astucia es fuerza? Quien podría explicar que Arequipa se sublevara de veras en contra del dictador que convalece, cuando lo recibió, hallándose desahuciado i moribundo, bajo de palio? Quien responde que ese movimiento (dado caso que fuera cierto) sea encaminado a recojer la herencia repudiada de García Calderon, i no para acentuar mas i mas la guerra, como todas las asonadas anteriores desde la de Daza i la de Prado? Ni quien, para descender hasta lo grotesco en esta terrible comedia que dura ya tres años, nos ha contado que de la prision del subprefecto de Ilo, no sea una del cura de Locumba para mejor engañarnos?

XII.

Razones de otro carácter pero igualmente falaces circulan en otros puntos. Al decir del público, es en las quebradas que de San Pedro de Atacama con su ejército desalojarnos de costa. Ello, a unos topográficos

hemos explicado, no es, sin embargo, del todo imposible.

Sin embargo, desde que ese rumor baja de la altiplanicie i no es justo, sensato i prudente creer precisamente todo lo contrario?

Si el ejército boliviano a cuya cabeza se ha puesto el presidente Campero, va a operar en grande escala como esta misma grave circunstancia parecería significarlo, amagará talvez en esa dirección con la guerrilla de Carrasco; pero de seguro cargará mucha mayor fuerza a las quebradas tanto mas accesibles i socorridas en pastos i mantenimientos que se dirijen desde el asiento nativo de Tarapacá, por las quebradas laterales de Sibaya i Camiña, i aun por Tamentica i Huatacondo a Oruro, a la Paz i aun a Potosí.

Esas quebradas que los cazadores del comandante Vargas i del bizarro cuanto infortunado Zorraudo recorrieron i explotaron hasta su cima, en enero de 1880, son tanto o talvez mas accesibles que la que por el Tacora abrió paso al ejército de Daza, cuando en abril de 1879 descendió de la Paz a Tacna. Verdad es que se habla de inmensas distancias, pero ni lo son tales en esa dirección, ni ello para soldados bolivianos tiene significacion de importancia. Recuérdese este solo hecho. Los primeros grupos de derrotados en San Francisco, el 19 de noviembre, yendo de subida por la cordillera i en la época de las lluvias, comenzaron a llegar a la Paz el 26 de ese mes; es decir en siete dias, i siete dias es el camino ordinario de la Paz a Tacna. Luego esos pasajes no son intransitables para un ejército i hai que resguardarlos, especialmente ántes que comience la estacion de las lluvias, no solo con ojos de Argos sino con pechos de bronce i con jinetes de acero. ¿Se ha hecho eso? ¿Se hará?

Eso es por lo ménos el minimum que hoy tenemos derecho de esperar—la vijilancia.

XIII.

Mas, dada todavía la hipótesis de un atrevido i casi desesperado movimiento hacia la costa del jeneral Campero, movimiento que no sería absolutamente contrario a su carácter de soldado, apesar de sus avanzados años ¿sería en realidad la desolada pampa del Tamarugal el objetivo verdadero i definitivo de su arriesgadísima campaña? Traería un propósito de simple bandalaje para destruir allí las fuentes de nuestra riqueza i hacer en seguida unaretirada desastrosa? Se atrevería a acercarse a Iquique, a Pisagua, a Pabellon de Pica, siendo nosotros dueños del ferrocarril (si bien ya lo entregó la administración Pinto a los peruanos) i teniendo el pleno dominio del mar para los abastecimientos de industrias i ciudades que solo viven de lo que les llevan de fuera?

He aquí todo lo que es prudente tomar en cuenta para juzgar del desarrollo posible de una campaña determinada.

I luego bajo este mismo concepto ¿no se acerca mucho mas a la posibilidad, la conjetura de que el verdadero objetivo de una campaña sea en realidad Tacna, a virtud de un movimiento converjente, puestos en combinacion los ejércitos de Latorre en Arequipa con el que ya manda Campero desde el lomo de su caballo?

I en esa virtud ¿no se esforzaran esos caudillos experimentados en la guerra i sus ardidés, en distraer nuestra atención por diversos rumbos, como San Martín en Mendoza, para darnos la estocada por donde mejor hayamos descubierto la costura de nuestra coraza delante de la punta de su espada?

XIV.

He aquí las breves reflexiones que sin pretension la mas mínima de estratjia i solo por vía de discusion i conjetura, se nos ocurren en vista de las voces que circulan ya con grave persistencia.

No formamos nosotros ciertamente en las filas de los alarmistas; i al contrario, estamos persuadidos que bolivianos i peruanos, si descienden de sus breñas, será para encontrar su sepultura al pie de nuestros cañones.

Pero sea que acontezca o no esa campaña; sea que se esté negociando o vaya a negociarse por la tercera vez la paz; sea que el gobierno medite llevar el golpe de gracia al enemigo por donde le parezca mas hacedero ejecutarlo (todo lo cual nosotros ignoramos en lo absoluto) que sostenemos con la mas ardiente, le i antigua convicción, es que el ejército Chile debe aumentarse inmediatamente sin pérdida, ni de horas, en la proporción que se juzgue mas alta, i en seguida que se le coloque bajo el mando de los antiguos i queridos jefes que lo llevaron a oien victorias; que se vigore la instrucción interna, especialmente en el tiempo de guerra, con todas las especialidades de que sea posible echar mano, i que así podremos confiadamente los acontecimientos, sea cualquiera el rumbo por donde se sienta el ruido del peligro o anple amenaza. «¿Guías, a sus puestos!»

XV.

«¿Guías, a sus puestos!»... Taena i de Lima... (jeneral en jefe)... i no como mera... ción; i no... a... a...